

CLVI.

«No será cual la tuya inobediente
Arma de esta mi diestra manejada,
Ni ella sus golpes eludir consiente,»
Dice Turno; y se empina, alta la espada,
Y en la mitad descarga de la frente
A Pándaro tan recia cuchillada,
Que no paró sin que con ancha herida
Las impubes quijadas le divida.

CLVII.

Cae el jayan; y el suelo en són profundo
Treme, no acostumbrado á golpes tales.
Con sangre y sesos el arnés inmundo
Tiende en tierra, y á par descomunales
Sus miembros, el coloso moribundo;
A hierro en partes dividida iguales
Cuélgale la cabeza á entrambos lados;
Y cuantos miran esto huyen turbados.

CLVIII.

Si al vencedor al punto se ocurriera
A sus parciales franquear la entrada
Rompiendo con su mano la barrera,
Fuera aquella ocasion postrer jornada
A la emprendida lid, y luz postrera
A la raza de Príamo cuitada;—
Mas de sangre la sed, que sangre huele,
De los que huyen en pos loco le impele.

CLIX.

Y á Fáleris, y á Gíges, un jarrete
Habiéndole en la fuga herido, alcanza:
Con picas de éstos á otros acomete;
Juno el fuego le da de su venganza.
Clavó á Fégeo en su escudo, y arremete
Tras de Hális, y hácia aquellos ya se lanza
Que están desde los muros braveando:
Prítanis, y Halio, y Noemon, y Alcrando...

CLX.

¡Tristes! no le aguardaban. Se le aboca
Linceo, empero, entre ellos avisado,
Y contra él, aunque tarde, los convoca:
Turno se le adelanta, en un vallado
Se apoya, el hierro esgrime, y le derroca
De un tajo, con el yelmo destroncado
La segada cabeza. Y luégo á Amico
Postra, en despojos de la selva rico,

CLXI.

Cazador que cual nadie el arte y dolo
De enherbolar saetas conocia.
Mató despues á Clicio, hijo de Eolo;
Y á Creteo, á quien fué la compañía
Fiel de las Musas su deleite solo,
Su ejercicio el laud, la poesía
Su amor. Carros marciales, lides bravas
Siempre, ¡vate infeliz! cantando estabas.

CLXII.

Oyen los jefes que el peligro llama:
 Mnesteo y el intrépido Seresto
 Allá acuden, y al ver que se derrama
 Medrosa turba ante invasor enhiesto
 Que aterra la ciudad, Mnesteo exclama:
 «¿A dó huís, insensatos? Más repuesto
 ¿Qué otro sitio hallareis ni más seguro?
 ¿Ó qué muro buscais allende el muro?»

CLXIII.

»¿Un hombre triunfará de mil Troyanos
 Aún en medio de vallas y de aceros?
 ¿Y él solo entre vosotros, ciudadanos,
 Correrá haciendo impune estragos fieros?
 ¿Y para el Orco segarán sus manos
 La flor de nuestros jóvenes guerreros?
 ¡Qué! ¿Dioses, Patria, Rey nada os merecen,
 Ni os inspiran piedad ni os enrojecen?»

CLXIV.

Encorajados con palabras tales
 Rehácense, y en densa infantería
 Avanzan ya. Con armas desiguales
 Pausadamente del combate cia
 Turno, y hácia la parte en que fluviales
 Ondas besan el muro, se desvía,
 Mientras con nuevo ardor y altos clamores
 Aumentanse sobre él los ofensores.

CLXV.

Cual leon de monteros acosado,
 Que los venablos contrapuestos mira
 Receloso, y á paso retrogrado
 Con miradas sañudas se retira:
 El valor en su raza vinculado
 Huir no le permite, ni la ira;
 Mas por medio de la áspera barrera
 Romper no puede, aunque romper quisiera;

CLXVI.

Así Turno tambien dudoso y lento
 Retrocediendo va; mas no desmaya,
 Y arde en vivo furor su pensamiento.
 Embestir una vez y aún otra ensaya,
 Y una vez y otra su ímpetu violento
 Pone á muchos en fuga, á otros á raya;
 Pero al fin en su daño se congregan
 Cuantos hay en el campo y juntos llegan.

CLXVII.

Ni ya la hija de Saturno osa
 Confortar al ahijado en su porfía
 Con nuevo aliento; que á Íris vaporosa
 Júpiter mismo desde el cielo envía,
 Y, encaminados á su régia esposa,
 Mensajes no sñaves le confía,
 Que abandonar á Turno ordenan, caso
 Que de los muros él no arredre el paso.

CLXVIII.

Nada el mancebo, pues, con el escudo,
 Nada ya con la armada diestra puede;
 ¡Tanto el asalto arrecia áspero y rudo!
 Hace que en torno de sus sienas ruede
 Ruido asordante, el incesante, agudo
 Repiquete del yelmo: ábrese, y cede
 La armadura de bronce á las pedradas;
 Las rojas plumas vuelan arrancadas.

CLXIX.

Contra nube de dardos enemiga
 ¿Qué hará la copa de un broquel? Circunda
 A Turno ya la multitud; le hostiga
 Mnesteo con su lanza furibunda:
 Mana el sudor copioso en su fatiga;
 Raudal como de pez su cuerpo inunda:
 Fáltale aire vital; convulso aliento
 Al moribundo pecho da tormento.

CLXX.

¡Ved! con todas sus armas de repente,
 Como último arranque de su brío,
 Arrójase á las aguas. Blandamente
 En su rojo regazo el sacro río
 Recíbele, y sumido en su corriente,
 Sangre, polvo y sudor le lava pio,
 Y devuélvele en ondas sosegadas
 Hermoso de su gente á las miradas.

LIBRO DÉCIMO.

I.

El palacio de Olimpo omnipotente
 Se abre entretanto. El Padre de inmortales
 Y Rey supremo de la humana gente
 A concilio en las salas siderales
 Convoca. El desde allá ve el continente,
 Y las huestes del Lacio, y los reales
 Troyanos. Altos Númenes asoman,
 Y en el amplio conclave sillas toman.

II.

«¡Celícolas ilustres!» Jove empieza;
 «¿Por qué mudais de acuerdo? ¿Por qué insanos
 Os dais á pelear con tal cruieza?
 Yo vedara que Italia á los Troyanos
 Resistiese; ¿en qué cóleras tropieza
 Mi voluntad? ¿Por qué terrores vanos
 Acá el uno, allá el otro á lid se lanza
 Y va el hierro á empuñar de la venganza?»